

## EL NIÑO CANTOR Y EL ANCIANO TARAREADOR

### Leyenda de los 7 magníficos.

Nunca le hizo falta un apellido, como nunca precisó de un biógrafo para que su historia corriese por donde tenía que correr. Unos creían que era García su nombre familiar, otros pensaban que se apellidaba Rodríguez y otros nunca necesitaron llamarlo Sánchez, como decían saber. De él solo se recuerda en su pueblo que había nacido cantando y que sus cánticos se escucharon durante años desde Chimiche hasta Ifonche, que este parece que era su territorio, y tan potente era el retumbo de su voz. Había nacido en clave de sol y en sus notas -desde fa hasta mi- transcurrieron sus primeros meses dentro de una caja de tomates que sus padres utilizaron como cuna. El bebé cantaba y cantaba, y no paraba de hacerlo, y sus desesperados padres, que no podían dormir, se turnaban para esconderse por la noche en la lejanía de algún oscuro barranco.

Con el paso de los meses el pequeño cantor fue añadiendo acordes a lo que lo que según los expertos locales era el sencillo principio de un *arrorró* y que los foráneos, utilizando palabras más cultas y confundiéndose, denominaban preludeo o preámbulo de las *Mañanitas del Rey David*... El caso es que el bebé cantaba, que el niño siguió cantando y que en la escuela nadie logró que aprendiera a escribir. Y que cuando el maestro lo obligaba a hacerlo, él pintaba puntitos negros y circulitos blancos a distinta altura, según le diese, en aquellos cuadernos de dos rayas de la época. Y el niño, cantando y cantando, perfeccionó su voz y al llegar a la pubertad lo hacía como Rodolfo Valentino o aún mejor.

Hay que enviarlo a Viena, al coro de niños cantores, decían los entendidos de palabras cultas. Pero el primer paso sería, por consejo del cura, ingresarlo en el Seminario Diocesano, pues decía, y no le faltaba razón, que más cerca estaba Aguerre que Austria. Se habló con don Domingo, el obispo, éste tras reflexionar accedió, y el niño llegaría tarareando alguna canción a la institución, donde cada día durante años intentaron que dejara de escribir con la mano izquierda y de cantar a todas horas. Y se esforzaron también en ese tiempo en hacerlo creer, aunque solo fuera un poquito, en Dios nuestro Señor. Fracasaron rotundamente en todo.

En aquellos años, el chico solo aprendió de memoria el *Kyrie eleison*, el *Sanctus* y el *Credo in unum deum*. Oraciones cantadas, que elevó con su voz a la categoría de arte y a cuyas ejecuciones en la capilla del seminario acudían melómanos de todos los pueblos de la isla. Ante la avalancha de espectadores que terminaron molestando a los fieles que acudían a rezar sin más, don Domingo terminaría impidiéndole cantar en los actos religiosos, permitiéndole hacerlo, eso sí, en la mismísima Catedral en conciertos de música sacra, que no formaran parte del ceremonial, y que se organizarían para escucharle. Pero la orden del prelado llegaría tarde, pues unas semanas después, el seminarista renunciaría a sus hábitos, haciéndose, sin pretenderlo, y es posible que empujado por los demonios, el amo de las noches parranderas de la ciudad que, en aquel entonces, lo eran todas.

Nuestro cantor se pasearía, pues, por el *Dos y Una*, *La Oficina*, *Artillería*, la *Peña de "El Gago"* y por tantos otros guachinches nocturnos, regando con vino las más hermosas piezas del cancionero popular. Y, mejorando su técnica, fue capaz de convertirse, cuando la ocasión lo requería, de barítono en bajo e incluso en tenor. Y a su forma de cantar se fueron uniendo músicos prestigiosos que terminarían siendo inseparables, y en última instancia, se apuntaría un tal Paco con su timple, aunque éste tenía menos oído que algunos sordos profundos. *Los Siete Magníficos* les llamaban y juntos durante décadas recorrieron las bodegas, las cuevas y las catacumbas más recónditas y clandestinas de la isla.

\* \* \*

Y con los años, llegaron las parcas. Una mañana, en plena nostalgia de los comienzos del grupo, desayunaba el de la última instancia en el Puerto de Tzacorte, y se atragantó con un camarón gigante de los que allí sirven, acabando de manera repentina con su vida. Y a su entierro acudieron todos y todos juntos cantaron: *A ti te toca emprender hoy la retirada...* Y después se fueron a llorar y a cantar a "*La Peña del Gago*", hasta la madrugada. Y aquello dejó huella. Y todos durante años lo recordaron y desearon en silencio que alguno de los otros, nunca uno mismo, estirase la pata.

Y los siguientes en hacerlo fueron los cuñadísimos, Jose y Santiago, que en un largo do de pecho se salieron de la partitura y de la carretera. Y a su sepelio fueron Antonio, Juan, Manolo y nuestro cantante y le dedicaron una hermosísima versión de *Isla Mía. Ese mar que me aleja de ti...*, cantaron. Y volvieron a llorar y regresaron al local de *La Peña* y cantaron hasta la madrugada. Y aquel día aquella asociación cultural tuvo que cambiar de presidente. Y habiendo corrido la voz entre los Melómanos Anónimos, éstos abarrotaron el guachinche, y los *Magníficos*, que así se llamaban ahora, tuvieron que comenzar a ensayar diariamente para el próximo enterramiento sin saber a quién le tocaría la lotería.

Y sería Manolo el afortunado. Un día, mientras cantaba *Los ojos de la española que yo amé...*, se olvidó de respirar -todos reconocieron entonces que le fallaba la memoria desde hacía meses- y como un pajarito voló hasta las ramas más altas de los árboles celestiales. Y a su despedida acudieron, como ya era costumbre, los supervivientes y formando un hermoso trío le dedicaron prolongadamente fragmentos de zarzuelas, y mientras cantaban *la gloria romántica que lleva a la muerte...*, el señor cura, poco amante de la buena música al parecer, sin aviso previo, arrojó casulla, cingulo y alba a los suelos y escapó escandalizado de aquel festival que no esperaba ni había autorizado. Y ellos, desconsolados, tuvieron que continuar con sus cantigas y llantos hasta la madrugada en el tugurio de siempre.

Y poco a poco Antonio se fue haciendo muy mayor y se aisló en su pueblo, dando pie a que algunos profetizasen su final. Pero no había forma de que muriese y le cedió este honor a Juan, uno de los supuestos videntes, que una funesta tarde se empeñó en jugar el campeonato de tenis de la tercera edad, cuando él rondaría la cuarta si ésta existiese, trofeo del que tuvo que retirarse para morir en los vestuarios, pero eso sí, después de dominar el juego con autoridad y sin perder un solo set. Y en *La Peña*, llorando una vez más, cantarían emocionados *Burrito de Orejas Largas...* (era Navidad).

Y quedaron solos Antonio y nuestro cantante, esperando cada uno, sin decirlo, la muerte del otro. Pero nuestro niño cantor, un día, aburrido de tan larga espera perdió la paciencia y se quitó la vida convirtiendo de manera brusca, nadie sabe la razón, su masculina voz en la de la más aguda soprano, al tiempo que se resquebrajaban sus pulmones. Y el solitario Antonio tarareó en su despedida (no podía ya hacer bien otra cosa) el *Diex Irae* y esa noche abandonó lloroso, en silencio y solo, aquel garaje que seguían llamando *Peña*.

Y, encerrado esta vez en sí mismo, vivió muchos años deambulando cabizbajo por los caminos y mal cantando sin parar un repetitivo:

*lalará, lalará, lalará...*

*Juan Enrique ¿dónde estás?...*

*lalará, lalará lalará...*

Hasta que una noche encontraron su cadáver, apoyado como si estuviera dormido, en la barra de *La Peña de don José Fuentes* -que éste es el nombre que le daban los entendidos de palabras cultas- a donde había ido, dijo, en busca de sus amigos.